

PASIÓN DE REÍR

Las carcajadas de un Rey se repiten en la sociedad como ecos de un trueno en los valles de la montaña. Y no por adulación, como cuando los cortesanos le ríen sus gracias en privado, sino por contagio de lo risible que prorrumpe en su risada. La risa, no la dulce o la irónica sonrisa, es la pasión de sociedad de mayor carácter conminatorio. La risotada en público de un Rey extiende la onda de hilaridad a todo el grupo social bajo su manto. Nadie, salvo ingleses y aristócratas arruinados, sabe reír a carcajadas tan bien como los reyes. Que las hacen estallar, como un rayo en cielo sereno, sin que nada antes lo presagie. Los caquinos de los reyes cesan tan repentinamente como comenzaron. Sin compañía ni secuelas de movimientos corporales que los alejen de la inmediata vuelta a su habitual expresión de indiferencia. Un Rey suelta la carcajada, sin intentar tragársela, para que la hilaridad no le desternille de risa, descoyuntándolo como a Clinton o Yeltsin, y no le mueve convulsivamente los hombros, como a presidente de Comunidad Autónoma, sin hacerle reír a vientre desabotonado como a Falstaff. Si el motivo de la hilaridad está ya difundido, la carcajada pública del Rey toma la breve solemnidad y el sentido de impaciencia del acto oficial que declara abiertas las fiestas del Santo local. Ya no hay cortapisas a la despiadada jocosidad.

La risa a carcajadas de los poderosos comporta algo reprimido en el inconsciente, que no sólo inquieta por su misterio, sino que incluso puede dar miedo. No manifiesta un estado de sana alegría o de generosidad, pero sí el estallido vital de la superioridad que otorga siempre la impiedad. Por eso se permiten dar rienda suelta a sus carcajadas, los jóvenes que ríen como benditos, sin conciencia de su crueldad juvenil, y los adultos afectados por esa desocosa frivolidad que pone en fuga cualquier conato de seriedad responsable. El entusiasmo de la risa ocurre, al decir de Hobbes, «a los que teniendo conciencia de lo exiguo de su propia capacidad, y para favorecerse, observan las imperfecciones de los demás». Cuando un hombre de verdad grande, aunque nada le pase desapercibido, sólo concentra su mirada en las perfecciones de los grandes.

La risa del poder es la más contagiosa. Ninguna como ella expresa mejor la condición común del motivo de la risotada. Lo risible sólo se manifiesta ante una compañía de la misma parroquia. Por eso el humor de los chistes es difícil de traducir a otro idioma, y las películas cómicas extranjeras se emiten con ruido de risas como música de fondo. Pues nadie se ríe «en serio» a solas. Como tampoco se come solo en un restaurante de lujo, ni se habla sin parar con uno mismo, ni se juega a la ruleta o al bacarrá sin integrarse en un grupo. La transición ha dado un triunfo sin precedentes a la risa del chiste, organizándola en espectáculos adminis-



trados desde el poder para las masas.

La risa siempre atrajo la atención de los filósofos. Se tomaron en serio que el hombre sea el único animal que sabe reír. Lo que les hizo pensar que la risa sería la reacción de la inteligencia que percibe la desproporción inusual en situaciones equívocas. A diferencia de la sonrisa, la risotada presupone algún estado de insensibilidad, aunque sea pasajero, frente a relaciones impropias o inesperadas que la desproporción o desarmonía hacen risibles. La indiferencia es su medio natural y la compasión, su enemigo declarado. Pero de ahí no se deriva, sin más, que la risa sea una reacción de la inteligencia pura. Pues el hombre, más que saber reír, es el único animal que hace reír y es risible. Y la inteligencia nunca está desnuda de pasiones, aunque sea de las propias. Si no las tuviera no haría a todos simples espectadores de la vida que tornarían sin remisión todos los dramas, incluso el de la propia humanidad, en divertidas comedias.

Antonio GARCÍA TREVILIANO

ATUCHA CANDIDATO

En el PNV se piensa ya la persona que, en representación del partido, se presentará a las próximas elecciones autonómicas que, según se comenta en los sectores nacionalistas más responsables, se deberían adelantar porque la actual dependencia de Eta y de su brazo político no se sostiene en la Europa del siglo XXI y puede abocar al País Vasco a una situación sin posible retorno, tanto en el ámbito político como, y esto es lo que más preocupa, el económico.

Que Ibarreche, al que ya se le conoce como «el Patético», no va a ser el candidato, lo saben hasta en el último batzoki (sedes locales del PNV). No ha estado a la altura de las

circunstancias, ha sido y es una marioneta en manos de Arzallus y Egibar pero, a diferencia de Ardanza, no ha sabido imprimir al cargo un cierto distanciamiento del «diktak» de Sabin Echea (sede central del PNV).

En esos sectores se piensa que el candidato idóneo es Juan María Atucha, actual presidente del Parlamento vasco. Con su figura, no fingida, de casero vasco, amable con todos, que goza de simpatías en el resto de España, que puede tender puentes con los socialistas y, a la vez, amparar una estrategia de diálogo con los terroristas, podría concitar en torno suyo muchas voluntades.

Juan BRAVO

LA VIOLENCIA INYECTADA

En mi anterior artículo «Adiós a las armas» y con motivo de la Marcha del Millón de Madres me refería a la violencia que inunda nuestra sociedad y recorre sus ámbitos más diversos. Así el de la violencia individual, ligada en Estados Unidos a la difusión de las armas de fuego, contra la cual se dirigió la manifestación de las madres. Más recientemente en Madrid, el pasado jueves, hemos podido presenciar otra manifestación de protagonismo también fundamentalmente femenino, ésta contra la violencia doméstica, de la cual son víctimas cada año entre noventa y cien mujeres—además de los diez niños que sólo en lo que va de año han perecido cruentamente—. Algo que desde el punto de vista de las víctimas femeninas ha podido ser calificado como «terrorismo de sexo»—el número de tales víctimas es, como puede verse, notablemente superior al del terrorismo de Eta—y también ha sido designado como «femicidio». Las mujeres asumiendo su sentido protector de la vida en general, su biofilia, y conscientes de los peligros que acechan a la suya propia, se sublevan contra la barbarie de nuestro mundo. Contra la violencia inviscebada en nuestra civilización desde sus estruc-



turas básicas a la vida doméstica. Y que penetra, en mayor o menor medida, infinidad de hábitos y prácticas degradando sus posibilidades.

Así, transitando a sucesos menores en comparación con los anteriores y graves feroces, se nos ha ofrecido en las calles de Madrid, el espectáculo singular, aunque ampliamente repetido, casi ritual, en que una victoria deportiva se traduce en primarios actos de vandalismo—por más que éstos, al parecer no hayan alcanzado el nivel de otras ocasiones, aun costando bastantes millones al bolsillo del contribuyente—. Y no han faltado los insultos a un ausente, sólo fantasmalmente presente, ciudadano barcelonés, perenne enemigo a quien denostar, para magnificar el propio cretinismo. Y, si al llegar a casa, en la imposibilidad de dormir, acosados por los bocinazos y el entusiástico, energuménico, clamor, encendemos la televisión—¿quién podría ponerse a leer?—no es insólito que su pantalla se llene con una inmensa mancha de sangre, acompañada por estruendosos ruidos de disparos, gritos, choques de coches que saltan por los aires. Todo un paraíso de nuestra avanzada civilización.

Lo que no deja de resultar curioso es la normalización y aceptación de estas acciones convertidas no ya en costumbre, sino en rito, como antes he indicado. Así el comportamiento de los hinchas en París, es objeto de alabanza y sorpresa en los comentarios de prensa, simplemente porque se condujeron como seres civilizados, sin agredirse, ni producir destrozos. Lo que se espera de los aficionados al fútbol, según muestra una degradada experiencia, es algo parecido a la invasión de los bárbaros. Incluso se comenta con satisfacción que el salvajismo en las calles de Madrid no haya alcanzado el nivel de anteriores ocasiones. A tal extremo ha llegado la degradación de un interesante y popular deporte.

¿Deporte? Si nos referimos a las competiciones entre los grandes clubes evidentemente ha dejado de ser tal cosa. Se ha convertido en espectáculo enormemente poderoso desde el punto de vista mercantil, y en canal para desahogar, mediante el chauvinismo de club, masivamente las frustraciones y rencores más primarios. Cuando el mercado toca las actividades humanas, por muy lúdicas que éstas originalmente fueran, las degrada. Y el poder se complace en esta degradación que facilita su trabajo. ¿No está ocurriendo lo mismo con el manejo de la música juvenil en actos multitudinarios y en el enfrentamiento entre pandillas adictas a las distintas tendencias? La combinación entre espectáculo excitante, exaltador de fuertes emociones fáciles, masificación, e ingestión de drogas desvía la conciencia hacia lo elemental y acrílico. Además impulsa el despliegue de poderosas fuerzas policiales. El Estado Guardián necesita mantenerlas en pie de guerra. Y, para ello, nada mejor que inyectar la violencia en la juventud. Aunque luego, como la criada respondona, se encuentre con los grupos de Jarrai. Son también criaturas suyas.

Carlos PARÍS

